

Retiro n. 34

mayo 1960

Acto primero

"EJEMPLO OS HE DADO..."

JESUCRISTO, MODELO DE AMOR A MADRE

El mes de mayo es el mes de la Virgen. Amamos a la Virgen, a quien aquí llamamos, sin más, "MADRE", por muchas razones.

Nuestro corazón ama siempre la belleza. En Ella, en Madre, la encontramos en grado extraordinario. La amamos, porque somos agradecidos, y reconocemos que a Ella le debemos muchísimos beneficios y gracias palpables que han marcado nuestra historia. Y además, reconocemos que de Ella nos viene todo bien; o sea, que es la mediadora de todas las gracias. Amamos a la Virgen por lo que es en sí. La amamos, sí, por muchas razones.

Pero vamos a meditar en este retiro un motivo o una razón, que quizá no lo hayamos ponderado hasta ahora debidamente.

Somos discípulos del Maestro Divino, Jesucristo. Y Jesucristo nos dice: "Ejemplo os he dado, para que, cuanto yo he hecho, vosotros hagáis" (*Jn 13,15*). Y naturalmente, Él es el modelo de amor a la Virgen.

¿Hemos pensado alguna vez en que debemos amar a Madre porque y como la ama Jesucristo?

Podemos decir que Jesucristo no solamente es modelo de nuestro amor a Madre, sino que, además, nosotros tenemos que amarla precisamente participando de la piedad filial de Jesús.

Él es Hijo de María, porque quiso. Ninguno de nosotros somos hijos de nuestros padres porque hayamos querido. El único hijo que se ha escogido la madre, y tal madre, ha sido Jesucristo. Y quiso y lo hizo así por amor. Por amor al Padre –la Trinidad había resuelto que así fuera–; y por amor a la Virgen.

Un amor extraordinario, especialísimo, indefinible, incontenible. Un amor que nosotros no podemos penetrar. Un "amor eterno", dice la Escritura, que nos tiene Dios a todos: "In caritate perpetua dilexit te" (*Jer 31,3*). Pero, ¿cómo sería el amor de Dios a la Virgen, y cómo sería el amor de la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, desde toda la eternidad, porque sabía que Ella iba a ser su Madre? ¡Cómo sería ese amor!

¡Cuántos privilegios vuelca sobre Ella! Todo, porque es su Madre. El privilegio de la Concepción Inmaculada, la "llena de gracia", –el Señor siempre con Ella–; el privilegio de la virginidad, de la maternidad, de la corredención, de la Asunción en cuerpo y alma, de la mediación universal, de la coronación como Reina y Señora de todo lo creado; el privilegio de ser intercesora y abogada... En fin, todo lo habido y por haber.

Pero, más todavía. Jesucristo pasa en la tierra treinta y tres años. De los treinta y tres, treinta con su madre, dedicado a Ella, siempre en su compañía. Y los tres restantes, con su recuerdo, con sus misivas, con sus contactos, que sepamos. Porque, ¡cuánto no habría en la intimidad! Porque la Virgen también seguiría, más o menos de lejos, a Jesús, según conviniera, porque era prudentísima en todo.

Y cuando llegue el momento sublime de la Cruz, allá encontramos a la Virgen. Y también allí, Jesucristo se está dando a Ella. Como también Ella se da a Jesucristo. Esa Virgen ha sido la privilegiada suya, y no podía faltar en el momento de consumir toda su obra redentora, que bien podemos decir dependió en cierto modo de Ella, de su "fiat", en la Anunciación.

En el cielo, sigue siendo Jesucristo el Hijo de María. Y, por lo tanto, su corazón de Hijo sigue amándola con ternura extraordinaria, con ese amor infinito con que solamente puede amar Dios. Con ese amor de Hijo, como solamente puede amar Jesucristo a su Madre.

Si Jesucristo es el único Mediador ante el Padre –como dice san Pablo–, también podemos asegurar que tenemos ante Jesucristo una mediadora: su Madre. Y Jesucristo no niega nada a su Madre, precisamente por eso: porque es su Madre.

Más todavía. Cristo vive en su Iglesia. Él, Cabeza, nosotros, miembros: formamos todos un Cuerpo Místico. Pues bien; la Iglesia se vuelca en honrar a María. ¡Cuántas fiestas! ¡Cuánta honra! ¡Cómo vibra la Iglesia siempre cuando se trata de María! Y Él es el que, a través de la Iglesia, está honrando a su Madre, está amando a su Madre.

Cada panegírico que se pronuncia, cada cántico que se eleva, cada plegaria que se ofrece, cada fiesta que se goza en la Iglesia, en cosa pequeña, en cosa grande, particular o local o universal, en el transcurso de los misterios, a través del año litúrgico... toda esa conmoción de la Iglesia respecto a la Virgen es Él, Cristo, que está moviendo a su Iglesia para que haga todo eso. Él es. Él es. Él es. Más que la Iglesia honrando a María, es Cristo a través de la Iglesia, honrando a su Madre.

Y así lo hará eternamente en la gloria. Al Padre Celestial, Jesucristo le da la gloria infinita. Pero respecto a su Madre, le da el amor sin límites con que puede amarla un Corazón que es, ciertamente, el de su Hijo, pero de su Hijo que es Dios, Eterno e Infinito.

"Mi Madre –dice Jesús– es tu Madre." Y al decirnos esto, nos viene a significar que ese amor que Él tiene a la Virgen, quiere que nosotros se lo tengamos: SU MISMO AMOR.

Sin darnos cuenta, a la Virgen la amamos "como si fuera" nuestra madre, la queremos "como se quiere" a una madre. A la Virgen nos consagramos y nos ofrecemos "como" hijos suyos. No es exacto. No es eso toda la verdad.

A la Virgen no se la puede querer "como si fuera" nuestra madre. A la Virgen no se la puede amar "como se ama" a una madre. A la Virgen no podemos tenerla como madre desde el día 8 de diciembre de mil no sé cuántos, cuántos, cuántos, en que nos consagramos a Ella. Yo no puedo sentirme hijo suyo a partir de aquel acto, cierta mente trascendental para mí, en que dije: "Madre, desde ahora soy tu hijo para siempre". No puedo establecer el principio de esa filiación desde el día de mi orfandad: "Madre: ya no tengo madre en la tierra. Desde ahora lo serás Tú".

Son modos de decir, pero inexactos. Lo hermoso de nuestro dogma es que la Virgen es verdadera Madre nuestra. Tan auténtica, tan verdadera madre en lo sobrenatural, como auténtica y verdadera es nuestra madre de la tierra de nuestro ser natural.

Yo a mi madre nunca la he querido "como si fuera" mi madre: porque me quería, porque me atendía, porque me defendía, porque me cuidaba... Nunca la he amado yo "como se ama" a una madre: porque se portó "como" una madre. ¡No! Sino porque era mi madre.

Pues esto, que es indiscutible en el orden natural, lo es, asimismo, en el orden sobrenatural. La Virgen es nuestra VERDADERA MADRE, NUESTRA AUTÉNTICA MADRE, NUESTRA PERFECTA Y COMPLETA MADRE. MADRE VERDADERA, en el orden sobrenatural. La Virgen nos ha dado la VIDA. Nos la dio en Nazaret, en el Calvario y en el Bautismo.

En Nazaret, Ella pudo decir "no"; y pudo decir –como dijo– "sí". Ella no estaba allí atontada, sin saber lo que iba a contestar al ángel, y al fin salir con aquello de: "Ah, pues hágase su voluntad", casi sin darse cuenta de lo que decía. No, no, no. Ella estaba serenamente discurriendo. Cuando el ángel le dijo: "No temas: María", Ella lo captó todo. Y, serenamente, discurrió: "Esto no puede ser por esto..., pero podrá ser por lo otro..."

Ah, entonces, hubo por su parte un discurso, unos raciocinios. La Virgen se percató plenamente de todo aquello, y dijo "sí". Ella conocía perfectamente la Escritura, la revelación, y sabía que de esto dependía la vida del mundo entero, de todas las almas. Ella, al decir "sí", daba vida a su Hijo propio, pero también sabía que eso era darnos vida a nosotros.

Sin su Hijo –Hijo de Dios e Hijo suyo–, nosotros nunca tendríamos Vida. Luego la Virgen, al decir "sí" para dar vida a Jesús, nos dio VIDA a nosotros. A Él le dio la vida natural en su Humanidad, y a nosotros, la vida sobrenatural, a través precisamente de su Hijo, autor de la gracia.

Llega el Calvario. Jesucristo consuma su obra, perfecciona su misión. "Consummatum est". Y como la razón de ser de la Virgen era ser Madre de Jesucristo, la Virgen completa su maternidad en el Calvario.

De derecho, ahora la Virgen es ya nuestra Madre. No es que no lo fuera antes. Lo fue desde la Encarnación. Pero ahora, Ella, que dio a luz a Jesús con alegría y gozo en Belén, nos da a luz a nosotros en el dolor que le costaba ofrecer a Cristo en sacrificio al Padre, para que nosotros pudiéramos tener vida.

Y cuando realmente Cristo terminaba su misión, y cuando tenía que reconocer que eso se lo debía a la Virgen, puesto que de Ella había recibido su cuerpo capaz de sufrir, y su

sangre que derramaba entonces; y cuando la Virgen culminaba su obra de maternidad para con nosotros, porque entonces por Cristo teníamos ya, de derecho, la vida sobrenatural, entonces es cuando Cristo promulga solemnemente:

– "HE AHÍ A TU HIJO. HE AHÍ A TU MADRE."

Pero faltaba un detalle muy interesante: la aplicación de todo eso a cada alma en particular. Y eso es el BAUTISMO.

En el Bautismo, esa vida que nos granjea Cristo en la Cruz –que la debemos a la Virgen por su consentimiento a la Encarnación– se nos aplica a cada alma que recibe el sacramento. El bautizado recibe la vida sobrenatural. Y es entonces cuando la maternidad de la Virgen, de derecho por ser Madre de Cristo, se convierte en maternidad de hecho. La Virgen no es "como nuestra" madre. La Virgen ES NUESTRA MADRE.

Ah, entonces, la Virgen nos ama de verdad. No "como si fuera" nuestra madre, sino porque ES nuestra Madre. Tiene para nosotros corazón, no "como" de madre; sino CORAZÓN DE MADRE.

Ahora un poquitín de cambio de escena, y pongamos los ojos en la doctrina que a Jesucristo se refiere.

Vivimos por Cristo. Él es la vid, y nosotros, los sarmientos. Él es la Cabeza y nosotros, los miembros. Todos, en un grado o en otro, no es que podemos, sino que debemos decir con san Pablo: "Vivo yo. Va no soy yo. Él es quien vive en mí" (Ga 2,20).

Cualquier alma que tenga la gracia santificante –"gratia Christi", vida sobrenatural– puede decir que es Cristo quien está viviendo en ella.

Cristo vive en ella su obediencia. Cristo vive en ella su humildad. Cristo vive en ella su caridad. Cristo vive en ella toda su vida. Vive a través de ella. Lo que pasa es que, por desgracia, participamos tan raquíticamente, tan imperfectamente de esa vida de Cristo, que apenas se trasluce. Pero no es culpa de Cristo. ¡Es culpa nuestra! ¡Él, ¡qué más quisiera!

Ahora bien, de esa vida de Cristo no se puede arrancar la piedad filial que Él tiene a la Virgen, el amor de locura con que ama a su Madre.

Ah, entonces, el amor que yo tengo a la Virgen es el amor de Cristo a Madre en mí. Es la piedad filial de Cristo a Madre en mí.

Mi motivo principal de amor a la Virgen no es tanto porque es buena, que es bella, que es sublime, que me ha hecho favores, que me concede beneficios; o porque tengo aquella ternura infantil en la que me educaron y hay misterios, verdades que me enloquecen, como la del amor Virgen, porque así me formaron. ¡No!

La razón principal de mi amor a la Virgen es EL AMOR QUE CRISTO LA TIENE. Es mi participación en el amor, en la piedad filial de Jesús a la Virgen. Es que es la Madre de Cristo y es mi Madre. Es, en definitiva, su Divina Maternidad.

Y esta razón es la que me ha movido a tomar, como base y fundamento de este acto, la frase de Jesucristo: "Ejemplo os he dado, para que, como Yo hago..."

- ¿Cómo haces Tú, Señor?

Ese "como Yo hago" no lo hemos de interpretar en sentido meramente imitativo. Nuestro amor va a ser nada más que el amor suyo hacia su Madre, que Él quiere, desde luego, que sea participado por nosotros cada vez en un grado más perfecto.

Como jaculatoria, que resumiera todo lo dicho, podríamos tomar aquellas frases que cantamos con tanto fervor en el "Ave verum":

O Jesu dulcis. / O Jesu pie. / O Jesu, Fili Mariae.

Ahí está todo:

Oh dulcísimo Jesús. / Oh Jesús piadoso. / Oh Jesús, Hijo de María.

Dulcísimo Jesús, piadosísimo Jesús: Ama Tú a tu Madre –Hijo de María– con todo mi ser, con toda mi alma, con todo mi corazón. Con toda mi vida. Porque es tu Madre y es la mía.